

Por una educación para la creación *

MARÍA CRISTINA LAVERDE TOSCANO **

Esta ponencia se propone continuar y compartir las reflexiones expuestas por mi Universidad en el "Taller de trabajo sobre formación de recursos humanos para la investigación", llevado a cabo en la Universidad Central de Venezuela bajo el auspicio de la UDUAL, en 1993.

Tales reflexiones se ven enriquecidas, en primer lugar, por el curso seguido en el proceso del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central de Bogotá que honrosamente dirijo y cuyo objetivo medular radica en lograr la presencia estructural de la investigación en nuestra Institución. Esto es, desarrollar programas de investigación que aporten elementos sustantivos para la transformación de distintas realidades, formar investigadores, difundir hallazgos y caminar, con paso decidido, hacia estructuras curriculares que conviertan a la creación de conocimiento en el eje del ser y del quehacer universitarios

En segundo lugar, las reflexiones señaladas en el Foro de Caracas se ven fortalecidas por los planteamientos de la ponencia "La investigación,

* Ponencia preparada para el III Encuentro Latinoamericano de Responsables de Investigación Científica, promovido por la UDUAL y llevado a cabo en octubre de 1994 en la ciudad de Guayaquil (Ecuador). Presentado por Humberto Cubides C., asesor del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central de Bogotá.

** Socióloga, investigadora social, ensayista, directora del Departamento de Investigaciones Universidad Central.

principio consustancial del ser universitario”, presentada en abril de este año ante el “Encuentro de Rectores de las Universidades Centrales y del Area Andina”. Este evento, también en el marco de la UDUAL, fue promovido por nuestra Universidad Central en la ciudad de Bogotá. En tercer lugar, lo que hoy pretendo plantear ante ustedes, retoma, amén de diversos y recientes estudios sobre el tema, elementos fundamentales del diagnóstico y las perspectivas señaladas en el Informe, “Colombia: al filo de la oportunidad”,¹ preparado por la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, integrada por diez de las más destacadas personalidades del mundo de la ciencia, la educación y la cultura en nuestro país. El documento, según los propósitos tanto del anterior como del actual presidente de nuestro país, ha de ser _y ojalá así sea para bien de Colombia y su gente_ la Carta de Navegación para el milenio que ya comienza. En esta bitácora, como lo señala García Márquez en el informe señalado, la educación será el órgano rector. “Una educación desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiere más a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable y conciba una ética _y tal vez una estética_ para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal. Que integre las ciencias y las artes a la canasta familiar, de acuerdo con los designios de un gran poeta de nuestro tiempo que pidió no seguir amándolas como a dos hermanas enemigas. Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia, y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe desgraciada del coronel Aureliano Buendía. Una educación... al alcance de los niños”.²

Son reflexiones que conducen, me adelanto, al profundo cuestionamiento de los sistemas educativos que circulan impunemente por las aulas de América Latina amalgamando en sus arterias el afán por la información, no por la formación; por la cantidad, no por la calidad; por la pasividad, no por la crítica; por la repetición mecánica, no por la creación. Son razonamientos que conducen, una vez más, a lo señalado por nuestros

(1) Documento producido por la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, auspiciada por la Presidencia de la República de Colombia, presentado en julio de 1994. Próximo a publicarse.

(2) Ibid. pág. 8.

documentos de Caracas y Bogotá, antes aludidos.

Porque si bien esta ponencia pretende ubicarse en el tema uno del encuentro que hoy nos congrega, referido a "La Universidad y la creación de conocimiento", consideramos que para un análisis certero de las condiciones, posibilidades y perspectivas de la institución universitaria como espacio para la investigación, resulta imperativo el volvernos hacia la naturaleza de nuestros sistemas educativos desde sus instancias primeras. Y resulta imperativo por dos razones fundamentales: de una parte, la universidad recibe a los individuos sociales que han sido "formados" _o adiestrados, a pesar de lo categórico del término_ por la educación básica y media. Y cabe aquí una pregunta: ¿tal "formación" crea las condiciones, esto es, desarrolla en niñas y niños las aptitudes innatas para la búsqueda de conocimiento? De no ser así, nos enfrentamos a la segunda razón que nos induce a esa necesaria mirada de los mencionados sistemas educativos: la universidad tiene la misión ineludible de asumir protagonismo frente al curso de nuestras sociedades; ella, desde una real formación pero, sobre todo desde la investigación, debe proveer las luces que identifiquen aquellos lugares que reclaman transformaciones rotundas en beneficio de un desarrollo verdaderamente humano; esto es, integral, armónico, equitativo, en pos de la grandeza y la alegría de nuestros pueblos.

Naturaleza histórico-cultural de nuestros sistemas educativos

Hablar hoy de la educación en Colombia, y en América Latina, me atrevería a generalizar, remite a los estudiosos del tema al examen de dos variables fundamentales: la cobertura y la calidad de los sistemas a través de los cuales se pretende socializar y preparar a las generaciones de relevo de las distintas sociedades. Por razones de "incuestionabilidad", en este apartado me referiré brevemente a la primera de tales variables.

En Colombia, y la situación no es muy diferente en los demás países del continente, la tasa de analfabetismo involucra actualmente al 13% de la población _sin contar los índices preocupantes de analfabetismo funcional_ mientras que en los países del llamado primer mundo este fenómeno ha sido erradicado. La pirámide de escolaridad se estrecha al

extremo patético de encontrar, en 1988, que solamente el 0,58% ³ de nuestra población estudiantil tiene acceso al nivel de posgrado.

El determinante primero de esta realidad obedece a la incapacidad de los mencionados sistemas para absorber la demanda de cupos: cada vez el número de ellos es menor en la educación oficial; cada vez mayor en la privada, al igual que mayores sus costos. Situación que, lejos de democratizar el acceso a la educación, se traduce en su creciente elitización. El segundo determinante radica en los índices alarmantes de la deserción escolar la cual, en progresión geométrica, se incrementa en los sectores deprimidos _rurales y urbanos_ de nuestra sociedad. Tal fenómeno, y sólo podemos plantearlo como hipótesis, emana en lo fundamental de la calidad de la educación, la segunda variable que hemos considerado.

No obstante lo hasta aquí descrito, una mirada a las estadísticas de las tres últimas décadas muestra un crecimiento real de la escolaridad _lejos de lo suficiente, por supuesto_ y los niveles de pobreza en América Latina perviven y, lo que es peor, en muchos casos se agudizan.

Entonces, ¿adónde nos conduce el análisis de esta realidad? Considero que si bien es irrefutable el crear las condiciones para que el acceso a la educación formal sea un derecho de todos, ella debe expandirse dentro de criterios de profundo respeto por nuestras identidades culturales; una educación que responda a las necesidades y características regionales dentro de un espíritu ciertamente democrático que, a más de reconocer las diferencias y como garantía de otorgar la respuesta adecuada a lo anterior, abogue por convertir a la *calidad* en el propósito prioritario del crecimiento cuantitativo. Sin ella, me atrevería a afirmar, la miseria material y espiritual perdurará como condena de muchas generaciones.

La calidad para la educación

Ahora bien, el concepto de *calidad* no es nuevo en el discurso de la educación. Tomado mecánicamente del mundo de la industria, cuenta ya con varias décadas sin alcanzar aún el contenido estructural que lo convierta en el eje de una educación para la creación. Persiste como término manido que ante la ausencia de una rigurosa reflexión

(3) PALACIOS, Marco. "Estrategias para la Educación Superior, Año 2000. Contribuciones a un debate político". Anexo N° 1 Cuadro N° 5. En: ICFES. "La formación de investigadores y la realidad de los proyectos de investigación y servicios en la Universidad". Bogotá (Colombia) 1990.

pedagógica, sin obstáculos se le coloca al servicio de las perspectivas economicista y psicológica del desarrollo.⁴

Así, se reduce la *calidad* de la educación a la condición de herramienta para acceder a este desarrollo, concebido como un proceso unilineal, “ilimitado, continuo y ascendente”.

Por ello el “éxito” de la educación se mide en términos de la promoción de los educandos tras recorrer los distintos peldaños diseñados por la educación formal. Sólo en su ascenso se entra a formar parte de la fuerza laboral en la que la eficiencia y el rendimiento productivos, constituyen el paradigma para la evaluación de la “formación” recibida. Ese éxito se mide en la respuesta textual a lo señalado por los programas que organizan y controlan la transmisión de los conocimientos, impartida por la “sabiduría” del maestro. Un éxito que se refleja en las calificaciones que manifiestan hasta cuánto aprendió _repetió, diríamos_ el educando.

Por esto la *calidad de la educación* se ve anclada en indicadores que privilegian el control. “ ‘Control de calidad’ que se centra en la medición de resultados y no en el análisis de procesos. Precisamente porque se trata de controlar la producción en serie, estandarizando sus productos”.⁵

Este privilegio por lo controlable y medible responde al ethos actual de nuestras culturas, a esa “mentalidad utilitaria en la que todo se cuantifica” y en la que, en el afán por la eficiencia, ignora que la verdadera calidad de la educación debe buscar ante todo la presencia de seres humanos integrales; esto es, ciertamente diestros para desempeñar con lujo sus oficios pero dueños también de la posibilidad del goce ante la belleza, de la capacidad de asombro ante lo desconocido, del compromiso y del amor hacia sus entornos diversos.

Hablar de *calidad de la educación* convoca a la reflexión sobre el sentido de la misma y sobre la función social que se espera de ella. “La educación

(4) Cfr. RESTREPO, Mariluz, J. “El sentido de la educación: Desarrollo humano y calidad de la educación en perspectiva”. En: Revista “Signo y Pensamiento”. Fac. de Comunicación Social. Pontificia Universidad Javeriana. N° 23 Bogotá, (Colombia) 1993 pp.9-20.

(5) Ibid. Pág. 16.

es un proceso que se da en la acción del aprendizaje. Sólo existe educación en la medida en que se hace educación". Por ello carece de productos finales: sus resultados son constitutivos de la misma acción educativa. Es un camino que reclama la convergencia protagónica de diversos actores _educando, educador, entre otros_ en una relación tal que posibilite el desarrollo autónomo de las potencialidades humanas. Una educación en la que entonces, y al decir de Sábato, el maestro sea el partero que "ayude a que la vida sea": propiciando para el alumno el diálogo, la confrontación, la duda, la discrepancia, la recreación de lo conocido y la creación de lo desconocido. La educación de calidad no es "enciclopedismo muerto, ni catálogo, ni ciencia hecha, sino conocimientos que se van haciendo cada vez en cada espíritu, como inventor y partícipe de esa historia milenaria. No _es_ información sino formación".⁶

El espíritu de esta educación es el que explica y hace factible la relación entre docencia e investigación; es el que propicia los interrogantes y la búsqueda permanente, insaciable y creativa de respuestas y conocimientos como consustanciales al ser de la educación. Así se prepara al educando para la investigación, para la ciencia y para la sabiduría, entendida esta última como la conciencia de los límites reducidos de lo conocido. Es esta la educación "que debería recibir el ser humano desde sus etapas iniciales, cuando su espíritu es más frágil, _cuando se define al joven que llegará a la universidad y al adulto del mañana_ ese instante que para siempre decide lo que se va a ser: si mezquino o generoso, si cobarde o valiente, si irresponsable o responsable, si lobo del hombre o capaz de acciones comunitarias".⁷

Disyuntivas que plantean igualmente el problema de la *calidad de la educación* al servicio de la construcción de aquellos valores que logren, en un futuro próximo, rescatarnos de la depredación, la violencia, la intolerancia, la indolencia y el dogmatismo que de manera compulsiva agobia a nuestras distintas sociedades.

(6) SÁBATO, Ernesto. "Apologías y Rechazos" Ed. Seix Barral. Barcelona. 4a. edición. 1981. pág.81.

(7) Ibid. Pág. 84.

Una educación en la que quepan nuestras raíces y permita entonces la creación autónoma al servicio de la grandeza de nuestras naciones y de esa convivencia ciudadana en la que cada quien pueda ser dueño de la felicidad.

La educación para la creación

Asumir la transformación vigorosa de nuestros sistemas educativos se convierte entonces en una necesidad irrefutable si queremos superar tantos atrasos. Y no me refiero aquí sólo a las fisuras diversas que nos distancian de los países industrializados porque dudo hasta lo más hondo de un desarrollo que propende demencialmente por el crecimiento económico para la dominación de los pueblos, sin cuestionar siquiera el lugar que ocupan dentro de él sus niñas y niños, sus mujeres y hombres, dueños todos de carencias múltiples, de desafectos, de miedos, de frustraciones y también de ilusiones. Hablo de la necesidad de superar el atraso respecto a la grandeza y a las inmensas posibilidades que le caben a la condición humana.

En verdad, debemos luchar por alcanzar el desarrollo, pero entendido como un crecimiento integral y autónomo; ajeno a modelos exógenos que desconocen y arrasan nuestras identidades culturales. Un progreso armónico que parta de lo que somos y, lo que es más importante, de “cuál es la cara con que queremos ser reconocidos en el tercer milenio”, como bellamente lo plantea nuestro querido Nobel.

Así, se precisa lograr una *educación de calidad* que camine hacia el auge de los distintos saberes y de aquellos talentos que, rescatados desde los primeros años, aportarían con creces al avance de las ciencias y las artes en nuestros diversos países “en un nuevo ímpetu civilizador que permita a la vez el óptimo desarrollo de su gente para lograr vidas creativas, equitativas y prósperas”.⁸ Acceder a esta fase exige los más altos niveles de excelencia académica desde la primaria y la secundaria hasta la educación superior.

La ubicación de los países respecto al desarrollo muestra cada vez una

(8) Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo. Op. Cit. Pág. 12.

menor relación entre la posesión de abundantes y ricos recursos naturales y ese éxito económico que, integralmente humano, nos debe interesar. A su vez, se evidencian vínculos determinantes entre los niveles de conocimiento alcanzados y la brecha creciente que separa a las sociedades industrializadas de aquellas consideradas en vías de desarrollo. Una ojeada a las estadísticas corrobora esta aseveración.

Resulta significativo que el 94% de los científicos del mundo estén ubicados en los países industrializados. Así los subdesarrollados representen el 77% de la población mundial, solamente contribuyen con el 15% del PIM y son dueños del escaso 6% del total de científicos reconocidos universalmente.

A su vez, únicamente el 1% de estos científicos pertenecen a América Latina y sólo el 1% de ellos atañe a Colombia. De esta manera, las sociedades primermundistas, con el 23% de la población humana, "lideran los sistemas de mercado, controlan la generación, transferencia y comercialización de la tecnología y fomentan la innovación científica". Todo ello, por supuesto, al servicio primero de sus intereses.

De otra parte, países como Japón poseen entre 3.548 y 4.853 científicos e ingenieros por millón de habitantes. Estados Unidos, entre 2.685 y 3.265. En contraste, nuestro continente sólo llega, en promedio, a 209 científicos por millón de habitantes, cifra que para Brasil, el Cono Sur y México se puede incrementar hasta 400.

A más del número y la calidad de los científicos, un segundo indicador para medir el alcance de las ciencias en los distintos países, hace referencia a la cantidad de artículos científicos publicados, que en las sociedades industrializadas es de 1 por cada 10 millones de dólares del PIB por año. De las 9.889 publicaciones científicas latinoamericanas, que corresponden al 1% del total mundial, Brasil, el Cono Sur y México producen cerca del 87%, mientras que los países andinos, otros centroamericanos y del Caribe hispano tan sólo alcanzan el 13%. A Colombia le corresponde la poco honrosa cifra del 1% de los artículos de este género escritos en el continente.

En la misma perspectiva, estudiando los cambios ocurridos en algunas de las sociedades denominadas en vías de desarrollo durante el período de

los últimos 20 años, "se observa que países que se encontraban en una situación similar a la de Colombia, hoy duplican nuestra tasa de crecimiento y han alcanzado un nivel similar al de las naciones desarrolladas. Estos países impulsaron su desarrollo con un plan concertado a largo plazo, comprometiendo estratégicamente los sistemas políticos y económicos con la inversión en ciencia y tecnología, así como con su reconceptualización, para poder alcanzar niveles primermundistas en menos de 25 años".⁹

Obviamente estos cambios, además de la estrategia concertada para el crecimiento económico en armonía, requieren notables incrementos de la inversión en investigación científica y desarrollo integral, al punto de pasar del 2% del PIB al 4%, cifra cercana a la que invierten los llamados países desarrollados. Pensemos que Colombia sólo destina a este renglón el 0,4% de su PIB. Según el Informe de la Misión, reiteradamente citado en este trabajo, nuestro país debe necesariamente alcanzar el 2% como condición sine qua non para encaminarse al desarrollo armónico antes señalado. Igualmente, y pensando que en los países del primer mundo el número de científicos es de 1 por cada 1.000 habitantes, Colombia tiene que abocar la tarea de formar 36.000 científicos e ingenieros altamente calificados si quiere en los próximos 25 años trascender la penumbra del subdesarrollo.

Pero no puedo finalizar sin antes referirme brevemente al papel que juegan las Ciencias Sociales y Humanas en la dinámica del cambio de nuestros países, así como al papel que desempeña la universidad en los procesos de endogenización del conocimiento.

Si bien es cierto que el devenir de las Ciencias Sociales y Humanas de América Latina en los últimos cuarenta años ha alcanzado un determinado grado de madurez, que han obtenido una relativa presencia institucional y que el proceso de su constitución ha sido complejo, pues los progresos, estancamientos y retrasos producidos tanto por la dinámica misma del pensamiento como por los procesos sociales han sido su característica,¹⁰ también es una verdad indiscutible que los retos que se les plantean, en

(9) Ibid. Pág. 21.

(10) Cfr. Heinz R. Sonntag. "Duda/Certeza/Crisis: La evolución de las ciencias sociales en América Latina". UNESCO - Nueva Sociedad. Caracas 1989 (1988).

este final de milenio, son muy particulares. De no afrontarlos, corremos el peligro de que, como lo señala el filósofo colombiano Guillermo Hoyos, la modernización parcial, dada en términos de industrialización y rendimiento económico, coarte un desarrollo coherente de la cultura.

Sonntag (1989), ha identificado varios de estos retos, entre los cuales menciona el de estudiar formas alternativas de inserción de América Latina en el sistema económico mundial; analizar los cambios y modificaciones de la estratificación social, que se han acelerado en los últimos años; comprender las transformaciones socio-políticas, dadas especialmente en la relación Estado-sociedad civil; estudiar los procesos de anomia y descomposición social, que en buena parte han sido producto del narcotráfico; amén de los retos que deben superar en el interior de ellas mismas, como son la reflexión sobre sus paradigmas, el desarrollo de la multidisciplinariedad (interdisciplinariedad, diría yo), la renovación metodológica, etcétera. Sin embargo, destaca como el reto mayor el de "... revisar el modelo de desarrollo e intentar buscar y diseñar uno nuevo, destinado a lograr un desarrollo autónomo, autosostenido y autocentrado".¹¹ Agregaría, parafraseando al colombiano Antonio García, construir uno que se corresponda con una democracia no contrahecha, es decir, con aquella democracia que declara a los individuos libres pero les niega los medios económicos, culturales y políticos para el ejercicio de su libertad.¹²

En este sentido, el papel de la universidad es fundamental, pues en la medida en que ella se ha venido integrando a la discusión y concertación de los proyectos sociales que se aproximan a la realización de dicho modelo democrático, puede sumar su compromiso y decisión a los de otros sectores para hacerlo efectivo.

Particularmente, el consenso respecto del valor de la ciencia y del conocimiento en general, se ha logrado; sin embargo, existen quizá menos diferencias y obstáculos en la definición de las estrategias que parecen más válidas para su desarrollo, que para establecer una acción decidida entre los diferentes sectores de la sociedad: hace falta una

(11) Ibid. pág. 150.

(12) Cfr. Antonio García. "Dialéctica de la democracia". Plaza & Janés. Bogotá, 1987 (1971).

voluntad más clara de nuestros gobernantes, de los grupos económicos y políticos, de las organizaciones sociales, de las instituciones educativas y de la propia comunidad para alcanzar el ideal de socializar el saber.

Es bien comprendido que la ciencia y la tecnología no deben interesar solamente a los científicos y académicos, pero aún no se les ha vinculado de una manera importante al estudio y solución de los problemas más relevantes de nuestras colectividades, de la familia y de la empresa, incluso de las propias organizaciones educativas; es decir, todavía el conocimiento científico no hace parte integral de la construcción de nuestro devenir. Así mismo, la sociedad está lejos de apropiarse de los desarrollos de la Ciencia y la Tecnología, más allá de su utilización mecánica mediante la acción instrumental; ellos no hacen parte de su ser y de su cotidianidad, siendo desplazados por los prejuicios y los tabúes.

Ambos elementos: el de la aplicación concreta y amplia de las estrategias científicas y el de la asimilación inmediata del conocimiento para la comprensión de la vida y la generación de actitudes positivas, hacen parte de lo que se ha llamado la endogenización de la ciencia. Frente a tal endogenización, la misión de la Universidad Latinoamericana es definitiva; y no sólo como creadora de conocimiento socialmente útil, sino también como impulsora de una visión crítica y avanzada en todos y cada uno de los integrantes de la sociedad respecto al curso de la vida que anhelamos y que decididamente unidos podremos construir. Es en este sentido que hablo de una educación para la creación.